

3-IX 1922



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II



# La escalera de vecindad

Cuando lei en un tratado de arqueología griega que en la casa antigua helénica la disposición estaba condicionada por el patio y en la moderna por la escalera, se me agolparon los recuerdos de la escalera de la casa de vecindad en que me crié en Bilbao. ¡Lo que aquella escalera significó en la historia de mi niñez!

El que se haya criado en una casa familiar — para una sola familia — de sólo planta baja, como la de un cortijo andaluz o de una alquería castellana, no puede darse cuenta de lo que en una casa de vecindad de una de nuestras ciudades colmenas, con las viviendas en mazorca — aun sin llegar a los rascacielos neovorquinos — significa la escalera. Es el principio local de la vida de sociedad.

La casa en que me crié tenía, además de las tiendas de comercio del piso bajo, ocho viviendas, para ocho familias, en cuatro pisos divididos en izquierda y derecha, y aún encima bohardillas y en una de ellas un estudio de pintor. Lo que unía a las viviendas todas, a todos los pisos, era la escalera, alumbrada por la claraboya de lo alto y de noche por mechero de gas. En la escalera era donde se encontraban unos vecinos con otros y en ella, de servidumbre común, donde surgían las diferencias. Era también a donde se nos echaba a jugar a los niños cuando estorbábamos en casa, salvo armarnos una escandalera cuando con nuestro estrépito turbábamos el sosiego de nuestras familias. ¡Y vaya si repercutía el fragor de nuestros juegos en aquella especie de cañón de madera!

Una de las diversiones era sentarnos a horcajadas en la barandilla y dejarnos resbalar por ella en las pendientes. Y eso que sabíamos que una niña se cayó así desde el cuarto piso, lo que le ocasionó, aunque al cabo de años, la muerte.

En el hueco que formaba la escalera tenía, abajo, una especie de garita el portero. Una vez me hizo meter en la boca una especie de puro que fumaba, y aunque nada recuerdo ni del portero ni apenas de su garita — que desapareció luego — sí del asco que aquello me produjo. Ha sido la única vez de mi vida que he llevado un cigarro a la boca y no fué para fumarlo.

Siempre que recuerdo aquella triste casa de vecindad, con su aire de nativa vejez resignada, es la escalera lo que primero se me representa. Como durante años subí casi a diario al último piso, a la bohardilla, donde recibía lecciones de dibujo y de pintura, recuerdo que al llegar a lo alto, cerca de la enristalada claraboya, el ámbito se aclaraba y parecía llegar más pura la luz del Señor. Y mirando desde allí, desde el último descansillo, veíase el desarrollo de la barandilla dando sus

vueltas en cuadro. Aun hoy, cuando miro desde lo alto una de estas escaleras de casa de vecindad, me asalta yo no sé qué extraño sentimiento de tristeza social. ¡Algo así como sería mirar los bancos de una galera en que remaba la chusma de los galeotos! Por algo en Grecia el dueño de una casa de vecindad cuyas viviendas se arrendaban, o el que la tomaba para subarrendar cada una de éstas, se llamaban *nancleros*, como el armador y el piloto de un barco.

Y de estas casas así agrupadas, amazorcadas, sin patios ni corrales ni jardines, surge una sociabilidad muy especial y acaso todo un tipo de cultura. En estos falansterios la vida familiar carece de recato. Los del tercero oyen las trifuleas del matrimonio del segundo o se enteran de cuando vuelve borracho a casa el del cuarto. Las paredes oyen. Pero por otra parte la civilidad, la vida civil, la verdadera vida civil, ha nacido en estos racimos de viviendas y en calles estrechas y tortuosas. El *ghetto*, la judería, es la más genuina expresión de la sociabilidad ciudadana. El que se ha criado en un patio y no ha jugado más que en la calle y no en una escalera de vecindad no conoce lo más íntimo del sentimiento ciudadano.

La escalera de vecindad, por otra parte, desaparece en los rascacielos. La sustituye el ascensor. No hay modo de subir a un duodécimo piso.

Y hay en esas escaleras, como hay en las viejas callejuelas de altas casas, algo de paisaje. Esas casas, que envejecen desde un principio, que parecen ruinas a raíz de ser habitadas, adquieren algo como de geológico. O como las habitaciones que en el fondo del océano se labran las madreporas.

¡Y esos patios estrechos, sórdidos, llenos de polvo y de telarañas por donde reciben luz las altas casas de vecindad! Son poco más que chimeneas grandes. Por ellos suele echarse todo género de escurrajas y hasta inmundicias. ¡Cómo recuerdo el de una casa en que viví siendo estudiante en Madrid! Las más de las viviendas eran casas de huéspedes y de huéspedes pobres. Tenía el patiozuelo una triste luz de tragedia recatada. Solía asomarme a una ventana de mi celda a ver, mirando a lo alto, al tejado, el último toque del sol poniendo en él y nacer las primeras estrellas en aquel retazo cuadrangular de cielo. Del que bajaba una piedad lacrimosa.

¡Pero aquellos juegos bulliciosos en la escalera, a la luz del mechero de gas! ¡Y aquel contar tantas veces los escalones! Era un modo de subirlos ahuyentando el pensamiento.



M i g u e l d e U n a m u n o



Caras y Carotas, Buenos Aires (R.A.) 3 setiembre 1922

UNIVERSIDAD DE MANCA

CREDOS.USAL.ES

*Autob*

*Autob*